

Resistencias esclavas en las Américas

Javier Lavíña

José Luis Ruiz-Peinado



SUMARIO

Presentación	11
--------------------	----

CAPÍTULO 1 LA AMÉRICA ESCLAVISTA

La esclavitud en América	15
Estrategias esclavistas	17
Origen de los esclavos y estrategias de los esclavistas	18
Religión y esclavitud	27
Castigo y esclavitud	31
Resistencia a la esclavitud	33
Los resistentes	38
La muerte como vida	40

CAPÍTULO 2 REBELIONES ESCLAVAS

Esclavos rebeldes	43
Los primeros conflictos	44
Negros cimarrones	51
Organización social de los palenques	56
Palenques y supervivencia	57
La religión en el palenque	58
El tambor en el palenque	59
Cimarronaje y dependencia	61

CAPÍTULO 3 LA ESCLAVITUD EN BRASIL

Las condiciones en Brasil	63
Desarrollo económico del Brasil	67

Resistencias esclavas en las Américas

El ciclo del azúcar	68
Ciclo del ganado	72
Ciclo del oro	72
Ciclo del café	74
Procedencias africanas	75
Esclavitud y actividades económicas	78
La esclavitud urbana	83
Cultura esclava, cultura de resistencia. Batuques, candomblés	85

CAPÍTULO 4

PALMARES

El quilombo de Palmares entre África y América	89
Los europeos en África	90
La resistencia de los pueblos	98
El quilombo de Palmares	116
Desde África	116
Origen y desarrollo de Palmares desde la perspectiva de las sociedades africanas	123
Defensa y derrota de Palmares	135

CAPÍTULO 5

REBELIONES NEGRAS

Rebeliones negras	143
Simbiosis del cimarronaje y las rebeliones esclavas	148
La Balaiada	160
Revueltas bahianas	162
El islam en Bahía	163
El ciclo de revueltas entre 1807 y 1830	166
La revuelta de los «Malês»	175
FUENTES	194
BIBLIOGRAFÍA	197
ÍNDICE ONOMÁSTICO	207
ÍNDICE TOPOGRÁFICO	215

Capítulo 1

América esclavista

LA ESCLAVITUD EN AMÉRICA

Antes de la llegada a América, los castellanos tenían una experiencia esclavista puesta en marcha durante el periodo de la reconquista, sin embargo, esta forma de explotación no era la base fundamental para la producción de bienes a gran escala ni el comercio. La presencia musulmana en las costas mediterráneas activó los mercados de esclavos, que pese a su importancia no dejaron de ser elementos extraños respecto a los trabajadores libres. Sólo la expansión portuguesa y castellana por el Atlántico marcó un nuevo punto de inflexión en el sistema esclavista. Canarias y Azores se convirtieron en los abastecedores de azúcar de parte de Europa y en los centros productivos donde se reencontró el sistema esclavista por excelencia.

Cuando los castellanos, dentro de esta expansión y en la carrera por llegar a Oriente antes que los portugueses, se encontraron con el continente americano volvieron a plantear la cuestión del comercio de esclavos. Para la producción de bienes, se recurrió al trabajo de indígenas forzados o directamente esclavizados. Sin embargo, este recurso tuvo enormes limitaciones. En primer lugar, sólo fue posible usar de los indígenas en aquellas zonas donde la densidad de población y las estructuras económicas y políticas pre-coloniales permitían la extracción de beneficio de forma directa, por medio del trabajo o de forma indirecta mediante la presión tributaria. En segundo término, excepto en casos muy concretos la Corona no autorizó la esclavización de los indígenas. Pese a que el cumplimiento de las leyes no fue muy estricto y se dieron bastantes casos de esclavitud indígena, la política económica y comercial de la Corona llevó a la práctica del tráfico con África para recurrir a esclavos.

Los africanos ofrecían enormes ventajas sobre la población indígena. Desde el punto de vista social, no estaban arraigados. Estaban separados de sus grupos de origen y de su tierra, por lo que la explotación podía ser más rentable y sencilla desde el punto de vista de costes sociales. En el caso de los indígenas, en las zonas de densidad poblacional escasa y estructuras políticas tribales, los hábitos de trabajo no eran favorables para la explotación pretendida por la Corona, y las tasas de mortandad eran altas. Para grupos integrados en estructuras políticas complejas, la posibilidad del desarraigo y de la movilidad provocaba efectos contrarios a los objetivos marcados; huidas de los centros de trabajo y refugio en zonas alejadas del control de los conquistadores.

Si los primeros esclavos llegaron a las islas recién ocupadas, a partir de la llegada al continente y de la rápida expansión por los imperios indígenas la arribada de esclavos no se hizo esperar. Las capitales virreinales de México y Lima absorbieron una parte importante de mano de obra esclava, dedicada al servicio y a la producción de alimentos para las villas españolas. Las haciendas costeras productoras de coloniales e insumos para las ciudades y minas y los hatos ganaderos emplearon parte de estos nuevos trabajadores forzados; de hecho, ya desde el siglo XVI la mano de obra esclava se extendió por todo el territorio americano y se empleó en todo tipo de labores, si bien el trabajo en el campo fue la actividad más importante. Sin embargo, el plato fuerte sobre el que descansaba la economía virreinal, la minería, siguió utilizando tributarios y trabajadores libres en los grandes centros productores de México y Perú.

Las ciudades de Veracruz y Cartagena de Indias fueron los puertos más importantes de recepción de africanos, desde allí eran trasladados hacia el interior de los territorios americanos, ocupando áreas desde el norte de Nueva España hasta el Alto Perú. Las capitales virreinales de Lima, y México tuvieron un gran número de africanos ya en el primer siglo de ocupación española, de manera que un cincuenta por ciento de población negra o mulata era la tónica de las dos ciudades. El número de africanos y afroamericanos superaba el de blancos e incluso el de indígenas que vivían en la ciudad.

En las Antillas, zona donde se establecieron plantaciones azucareras desde los primeros años de la presencia española, los esclavos fueron empleados, fundamentalmente, en la agricultura y la ganadería. Esta experiencia no era nueva en el sistema colonial. Los castellanos ya habían experimentado un modelo de plantación en Canarias con resultados satisfactorios. La empresa azucarera antillana, especialmente la afincada en La Española, se

mostró claramente rentable pese al enorme riesgo que suponía la inversión de capital en el negocio azucarero. La ausencia de alternativa económica en la isla obligó a realizar esas inversiones. Los trapiches movidos por fuerza animal y los ingenios de energía hidráulica se convirtieron en concentraciones humanas y transformaron el paisaje de la zona sur de la isla. La construcción del modelo canario de plantación se desplazó al otro lado del Atlántico y evolucionó hasta convertirse en el sistema económico colonial antillano en los siglos XVII y XVIII (Florescano, pp. 493-532, 1978).

Pero junto a este inmenso aparato productivo que revolucionó los mercados de coloniales y de capitales se produjo un cambio social y demográfico de enormes y trascendentes consecuencias. La primera gran concentración de mano de obra se saldó con una gran conflictividad social. Los africanos, esclavizados, no aceptaron su condición ni el rol que los europeos les habían asignado. Las sublevaciones, las revueltas, la huida al monte y la formación de sociedades ajenas al desarrollo capitalista europeo fueron la respuesta que surgió de las dotaciones de esclavos sometidos a un sistema de violencia y degradación humana. Pero esta contra violencia no fue la única forma de resistencia. La deculturación fue sustituida por la recreación de un sistema de valores culturales ajenos a los propietarios. Se generó un imaginario colectivo popular que fue calando hasta en las élites y que ha configurado, por encima de la enorme diversidad lingüística y el mosaico de territorios independientes, unas formas culturales comunes a todo afroamérica.

ESTRATEGIAS ESCLAVISTAS

La llegada masiva de esclavos a América provocó, de nuevo, el redescubrimiento de un «otro» esta vez dedicado al trabajo. La justificación de la esclavitud se encontró en las *Partidas de Alfonso X*, pero la realidad americana superaba, con mucho, la legislación obsoleta española y pronto tuvieron que volver a dar nuevas órdenes que permitieran un mejor control de las esclavitudes. Sin embargo, los mecanismos establecidos tanto por el estado como por los propietarios, para mantener a los esclavos en el límite de la supervivencia y evitar las revueltas, crearon situaciones de enorme conflictividad que se mostraron en la oposición al sistema.

En América las leyes se dictaron durante tiempo para cada uno de los territorios intentando resolver los conflictos puntuales que se presentaban. Esta regulación y el intento de controlar y centralizar alcanzó su punto álgido con

la llegada de Carlos III; en ese momento, el racionalismo intentó controlar todos y cada uno de los detalles de la vida cotidiana de las dotaciones (Lucena, 1996). De hecho, se unificaron las distintas leyes que se habían promulgado hasta entonces y se actualizaron algunas situaciones; sin embargo, no resolvieron el problema de la esclavitud como forma de trabajo, por lo que los conflictos se sucedieron hasta el momento de la emancipación.

Leyes y realidad caminaron en paralelo sin encontrarse; los estereotipos, las justificaciones y la necesidad de producir bienes para la exportación marcaron las distancias y los enfrentamientos entre amos y esclavos. Fueron surgiendo conflictos que se resolvieron de forma violenta en las haciendas. Los esclavos se trasladaron a los montes y, allí, protegidos por la espesura forjaron lugares de paz en los palenques (Guerrero, 1998), donde se recrearon nuevos mundos, nuevas visiones y nuevos espacios de libertad que conformaron los países de América.

Las relaciones entre amos y esclavos no siempre fueron conflictivas, algunos siervos, especialmente los domésticos, se aliaban con sus amos en un esfuerzo titánico para mantener sus estatus; ciertamente, los propietarios habían logrado imponer una moral y un concepto de vida que había impregnado, al menos superficialmente, a todos los sectores de población, incluidos los grupos populares (Sweet y Nash, pp. 11-26, 1987). Sin embargo, esta aparente aceptación, que se ha visto reflejada especialmente en la literatura, nos ofrece, más bien, una imagen idílica y sesgada de la realidad esclavista. Para controlar la situación y marcar la superioridad social y racial, los propietarios generaron todo un mundo de tópicos sobre sus esclavos en un intento vano para justificar la esclavitud. Vicios y desórdenes acompañaban a los esclavos. La torpeza, tozudez, insolencia y otros defectos, se percibían como una realidad natural de los afroamericanos.

ORIGEN DE LOS ESCLAVOS Y ESTRATEGIAS DE LOS ESCLAVISTAS

El lugar de procedencia de los africanos marcó un tipo de cultura que facilitó su inserción en el sistema productivo hispánico, o bien creó una situación de rechazo que marcó la resistencia a la esclavitud. Los primeros esclavos llegados a América lo fueron en calidad de siervos al servicio de los conquistadores. Algunos participaron de forma activa en la conquista del Nuevo Mundo y recibieron como recompensa la libertad por los servicios prestados. De hecho, su actividad como auxiliares les llevaba a desarrollar todo tipo de tareas. En el caso de un esclavo que participó en la expedición

de Ursúa (Cortés Alonso, 1964) y cuando apenas les quedaban recursos lo enviaban al frente, desnudo, con la esperanza de que los indígenas, al ver un cuerpo que consideraban diabólico, se asustaran (Vázquez, 1979). Pese a que estos esclavos auxiliares de los conquistadores sufrieron vejaciones, su posición era de privilegio relativo. Esta situación, que se llegó a repetir entre los esclavos de servicio personal durante los primeros años de conquista, cambió con la presencia de nuevos contingentes de esclavos en América.

Pese a la posibilidad de obtener la libertad por servicios prestados y que algunos libertos fueron compensados por la corona con el goce de encomiendas, no fueron muchos los que por este sistema obtuvieron la libertad sin mejorar su estatus social. Algunos de estos primeros esclavos procedían de la península, especialmente de los reinos incorporados a la corona de Castilla (Cortés Alonso, 1964; Cortés López, 1986; Franco, 1979; Martín Casares, 2000). La política inicial de los reyes fue propiciar la salida de estos siervos. Sin embargo, los problemas no se hicieron esperar. Los esclavos ladinos se negaron a aceptar las condiciones impuestas en la nueva situación y provocaron problemas en las zonas de conquista.

La demanda de mano de obra reabrió los mercados mediterráneos, y los esclavistas se lanzaron tanto sobre los reinos de Valencia y Baleares como por el norte de África. Beréberes y moriscos fueron llevados a América para satisfacer la demanda de mano de obra. La experiencia de Canarias, desde donde se dirigían expediciones a las costas africanas para proveerse de mano de obra, sirvió de base experimental para aportar modelos productivos a las tierras americanas (Lobo Cabrera, 1982). De hecho, el sistema que los castellanos emplearon en la conquista de Canarias se aplicó a la conquista de las Antillas (Cara, Vizúete, pp. 81-92, 1993). El esquema ideológico de conquista fue el mismo y el sistema económico no difirió mucho. La economía de plantación creado en las Canarias castellanas se exportó a las islas caribeñas donde se desarrolló de manera imparable hasta convertirse en colonias de producción exclusiva de coloniales.

Para conseguir mano de obra se recurrió, en primer lugar, a las racias por algunas de las islas no ocupadas. Ya en 1503 se autorizó la captura de luca-yos para trasladarlos a los lavaderos de oro de La Española. Sin embargo, la crisis demográfica provocada por la explotación, el trabajo, el hambre y las enfermedades hizo que se tuviera que recurrir a fuentes alternativas de mano de obra.

Tanto en la península ibérica como en el norte de África había recursos suficientes como para garantizar la rentabilidad de la presencia española en

Resistencias esclavas en las Américas, obra de los investigadores Javier Laviña y José Luis Ruiz-Peinado, versa sobre el tema de la rebeldía esclava, uno de los conflictos más importantes de entre los que tuvieron que enfrentar, tanto las autoridades coloniales, como los propietarios esclavistas. La rebeldía, que tomaría las más diversas formas en función del tiempo y los espacios de América, acabará desembocando en rebeliones y sublevaciones que, poco a poco, socavarán el sistema esclavista y el propio orden colonial, conduciendo a la abolición de la esclavitud. El esclavismo se caracterizó, en todos los tiempos y lugares de América por el uso de la violencia. Los propietarios gobernaban a sus dotaciones a golpe de látigo. El miedo era fundamental para mantener el sistema esclavista.

Pero frente a esto, resistiéndose a la dominación, los esclavos reaccionaron de las formas más variadas. Unas veces, amparándose en sutilezas legales, conseguían causar pérdidas a sus propietarios; otras, respondieron con la violencia a las agresiones de los propietarios; y, en algunos casos, la huida representó la forma más creativa de la resistencia. La formación de grupos de cimarrones, relativamente retirados de la influencia de las autoridades coloniales, permitió la recreación de elementos culturales que les dieron señas de identidad.



DOCE
CALLES